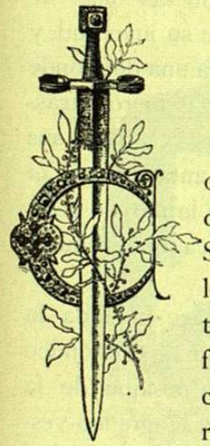
recogerá un nuevo tipo de los infinitos con que el hombre en sus modas ha pretendido imitar la inagotable variedad de la naturaleza.

CAPÍTULO IX

Monasterio de San Juan de la Peña



CORTO pero sembrado de bellezas es el camino que de Jaca conduce al venerable monasterio de San Juan de la Peña. Por entre densos matorrales asoma en lo alto de un cerro la cuadrada torre que llaman la Torraza, cuya destrozada frente conserva todavía un elegante ajimez, y cuya base y restos de muralla dispersos en derredor confunde el musgo con las pintorescas rocas sobre que está asentada. Más adelante, después de girar al pié de colinas que en sus flancos descarnados por las lluvias presentan vetas de piedra semejantes en su regularidad y dimensiones á un muro antediluviano, aparece en el fondo el pueblo de Atarés tan nombrado en los primitivos tiempos de la historia aragonesa, y fortalecido por el conde Galindo con un castillo que fué luégo solar de nobilísima prosapia. Siguiendo el barranco de Atarés, se desemboca en un estrecho valle cerrado por altas y cortadas peñas, y fecundado por un riachuelo; y al par de la risueña aldea de Santa Cruz desparramada dentro de su

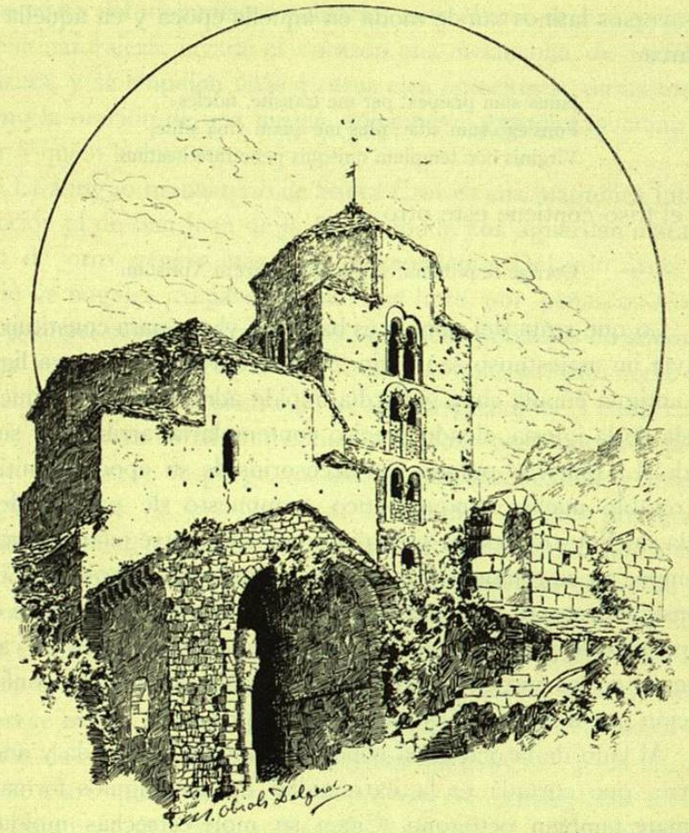
recinto, se contempla con placer el antiguo campanario y el ábside bizantino de su parroquia adornado con arcos de relieve. Pero el placer y la admiración llegan á su colmo al ver levantarse por cima de las copas de corpulentos y apiñados nogales, y destacar sobre el pardo fondo de las peñas, las rojizas ruinas de un monasterio bizantino de imponente aspecto y de exquisito gusto arquitectónico, abandonado por las religiosas benedictinas que en 1552 se trasladaron á Jaca, y que desde el siglo x habitaban aquella amena soledad. Verificaron la primera fundación hacia los años de 987 el rey Sancho (1) y su mujer Urraca Fernández, cediendo á las *sorores* ó hermanas de Santa Cruz diez y ocho lugares; ennobleciéronla en el siguiente siglo las hijas de Ramiro I, Urraca consagrada á Dios en la flor de su juventud, y más tarde sus hermanas Sancha y Teresa, viuda la una del conde de Tolosa y la otra del de Provenza, cuyas cenizas fueron trasladadas á Jaca al mismo tiempo que las religiosas (2). Bajo sus auspicios se engrandeció el real monasterio de Santa Cruz de *la Serós*, llamado así por la corrupción del nombre latino de *sorores*, y entonces acaso se erigió la suntuosa fábrica que robusta ha sobrevivido á tres siglos de abandono.

El convento ha desaparecido; de la iglesia yace hundida la parte inferior, y como recurso más expedito y más económico que el de levantarla, se la ha separado con un tabique de la porción que subsiste íntegra, dando al templo un magnífico vestíbulo de ruinas. En aquel esqueleto exento de restauraciones es

(1) Siguiendo la cronología de los más antiguos historiadores, que expusimos en la nota de la pág. XXVII de este tomo, este rey debió ser Sancho el Mayor; pero si adoptamos la opinión de críticos modernos que en el período de 904 á 1034 en vez de dos Sanchos y un García, ponen tres Sanchos y dos Garcías interpolados, el fundador del citado monasterio debió ser Sancho II que reinó de 970 á 992.

(2) En el presbiterio de la iglesia de benedictinas en Jaca se lee la inscripción siguiente en que equivocadamente se llama fundadora á Doña Urraca: «Aquí yace D.ª Urraca monja y fundadora de este real monasterio, D.ª Sancha condesa de Tolosa, y D.ª Teresa de Proenza hijas de D. Ramiro rey de Aragon. Trasladó sus huesos del monasterio de Santa ✠ de la Serós la M. Ilustre. Sra. D.ª Gerónima Abarca Abadesa á 22 de Noviembre de 1622.»

donde puede estudiarse la estructura del edificio; esbeltas columnas de hermosos capiteles se elevan hasta la cornisa, y de ella arranca la redonda bóveda de la cual restan fragmentos sus-



RUINAS DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS

pendidos; en vez de capillas, rasgadas ventanas de arco semicircular adornan los muros laterales. La yerba que cubre el suelo, los rayos del sol que penetran por las ventanas ó por las hendiduras, la pureza y perfecta conservación de los detalles, forman

un cuadro tan encantador, que hasta la destrucción parece allí inteligente é inspirada por la poesía. Aún quedan en pié dos puertas marcadas con el lábaro, y en derredor del de la principal, portada de sencillo pero primitivo gusto, se leen los siguientes versos latinos tan de moda en aquella época y en aquella comarca:

Janua sum præpes: per me transite, fideles.
Fons ego sum vitæ; plus me quam vina sitite,
Virginis hoc templum quisquis penetrare beatum.

Y el friso contiene este otro:

Corrige te primum, valeas quo poscere Xpristum.

Lo que resta del templo es bastante vasto para constituir todavía un majestuoso santuario. Sobre el crucero se eleva ligera la antigua cúpula cuya gallardía impide admirar el techo que la aísla de la iglesia, siendo preciso contemplarla arriba por separado. La pila y el púlpito son accesorios de su época primitiva; el retablo mayor aunque gótico, compuesto de pasajes de la vida de Nuestra Señora y de pinturas bastante regulares para su tiempo, no se remonta más allá de los años de 1490 como está consignado en su pedestal. Entre las yerbas del patio yacen dos sepulcros de piedra, cuyo hueco, ocupado un día por el casto cuerpo de las vírgenes del Señor, presenta la singular configuración que á sus momias daban los egipcios.

Al lado de la octógona cúpula se eleva la cuadrada y ancha torre, que cortada en la extremidad de sus ángulos forma un remate también octógono. Ciñen su mole estrechas molduras dividiéndola en cuatro cuerpos, adornados cada uno en sus cuatro lados por suntuosas ventanas cuyos arcos reposan graciosamente sobre los ricos y grandes capiteles de la columna que los divide. Por todas partes penden hermosos festones de yerba, vivificando aquellas ruinas; cada paso las presenta bajo una nueva perspectiva seductora, y revela otras antiguas ventanas, otros

labrados capiteles, otras formas de ménsulas y cornisas, otras bellezas pintorescamente agrupadas. El arroyo besa murmurando su ábside elegante sostenido por bizantinas columnas y cercado de ventanas con cilíndricas molduras; y al rumor de la corriente, al aspecto del monumento solitario, ante el arte severo y la risueña naturaleza, invade el corazón una melancolía de inefable dulzura, y se empujan unas á otras cien emociones, puras todas como la oración de una virgen, solemnes y grandiosas como el Sér á quien la levanta.

El antiguo monasterio de Santa Cruz es una magnífica introducción al de San Juan de la Peña, donde nos aguardan maravillas de otro género más rudo é imponente. Dejando atrás el valle de nogales, trépase durante una hora por peñascos escabrosísimos, costeando profundos barrancos poblados de sonoros ecos, y por los cuales se oye rodar estrepitosamente como de abismo en abismo la piedra de lo alto desprendida. Á cada vuelta de la senda se abre más honda la sima bajo nuestros piés, pero también se despliega á nuestros ojos más dilatada y amena la perspectiva. Al fin de la subida se interna el viajero por denso pinar que puebla la espaciosa cúspide del monte, perdiendo á menudo el camino entre la espesura; y si las tinieblas empiezan ya á condensarse sobre la tierra; y los objetos sin color se confunden en una negra masa, cree distinguir entre el susurro de los pinos el siniestro aullido del lobo que alguna vez, aunque rara, aparece en los jarales. De pronto el ladrido del perro indica en medio de aquella soledad la mansión del hombre, y en un pequeño claro que dejan los pinos asoman dos puntiagudas torres que flanquean una fábrica dilatada. Es aquel el nuevo monasterio de San Juan empezado en 1675 y concluído en 1714, en el cual buscaron los monjes ambiente más despejado y vivienda más anchurosa, huyendo de los incendios que afligían continuamente el antiguo, situado bajo la peña; pero tuvieron que abrirse sitio en el corazón de la selva, cuyos árboles apiñados en torno sirvieron de andamios y puntales para la construcción, y

aun ahora mantenidos con trabajo á raya, cual olas enfrenadas por un islote, parecen prontos á lanzarse sobre el edificio y á desalojarle del terreno usurpado. Á esta frondosidad, á su propia extensión, y á la vasta cerca de su recinto reforzada por cubos á manera de torreones, debe el exterior del monasterio un aspecto pintoresco y grave, que no alcanzarían á darle su moderna fábrica de ladrillo y la barroca portada del centro que introduce á la iglesia.

La fecha de esta da por sí á conocer que su arquitectura no es la más adecuada á la situación y á la historia de aquella casa; las grandes dimensiones de sus tres naves, crucero y cúpula, sólo sirven para hacer resaltar más su desnudez, privada hasta de los adornos propios de su estilo, de sus accesorios y riquezas, y del altísimo retablo mayor que ocupaba el centro del crucero. En 25 de Agosto de 1809 las tropas francesas al mando del mariscal Suchet incendiaron gran parte del templo y del monasterio, perseguido aún en su nuevo asiento por las llamas destructoras, al paso que la ilustración del caudillo hacía respetar el edificio antiguo y el regio panteón. Desde entonces la vasta fábrica aparece renovada en parte y en parte desmantelada, habiendo recibido últimamente el golpe de gracia con la expulsión de los monjes; la yerba brota en sus numerosos patios, los ecos duermen en el fondo de sus dilatados corredores, y de sus celdas no hay ocupada sino una sola por un monje, vivo recuerdo de lo pasado, y solícito conservador de aquella herencia de glorias que la nación sin mengua no puede entregar al abandono (1).

El origen de San Juan de la Peña se confunde con el del pueblo aragonés, grandioso como un poema bajo un aspecto, bajo el otro interesante y piadoso como una leyenda. En lo más

(1) Merecen nuestro cumplido elogio el celo de la Diputación provincial de Huesca por la conservación de aquel monasterio y real panteón, y la solicitud del monje D. Lorenzo Casvas dignamente encargado de ella. Entre los monjes de San Juan de la Peña, la gratitud nos obliga á mentar el nombre del respetable D. José Mateo residente en Jaca, que con afecto y confianza de verdadero amigo nos franqueó preciosas noticias y documentos.

denso del pinar os señalarán el sitio donde dos siglos atrás se divisaban todavía las ruinas de la infortunada Pano, fortaleza tan presto improvisada por los cristianos fugitivos en los primeros años de la invasión sarracena, como arrasada por los musulmanes después de pasados á cuchillo sus defensores. La fecha precisa de esta catástrofe, que nos revela la antigua crónica, conocida con el nombre de *Historia general del reino* (1), es controvertida entre los eruditos, fijándola unos en 716 tres años después de la pérdida universal de España, otros en el reinado del califa de Córdoba Abderramán-ben-Moavia de 756 á 788; y

(1) Escrita ya parte de la obra, logramos ver una copia antigua de esta crónica latina de mediados del siglo XIV, fuente primitiva de donde han bebido los posteriores cronistas de Aragón, y de la cual tanto caso hace Zurita, citándola con el nombre de *Historia del anónimo de San Juan de la Peña*. Blancas la atribuye á un monje llamado Pedro Marfilo. Cotejándola con la *manuscrita lemosina* del mismo monasterio, de la cual llevamos ya extractados algunos pasajes, nos hemos cerciorado de que ésta es una mera traducción del texto latino, que por su índole y dicción no dudamos sea el verdadero original. Por muestra de su estilo véase el siguiente pasaje sobre la ruina de Pano:

«*Et tota Hispania fuit occupata per sarracenos usque ad locum de Arleto Provinciæ, et hoc factum est infra quatuordecim menses... Facta quidem persecutione sive occupatione predicta, christiani qui evadere potuerunt dispersi sunt fugientes versus latebras seu fortitudines muntanearum Suprarbii, Rippacurcie, Aragonum, de Bierroca, de Arcide, Ordonia, de Biscaia, de Alava et de Asturiis, ubi construxerunt plura castra et plures alias fortitudines in quibus se receptare valerent et defendere á Sarracenis, et omnes ille terre remanserunt in posse christianorum, sicque eas mauri nullo tempore possiderunt... Trecenti itaque christiani vel circa qui evaserant á manibus sarracenorum, receptarunt se in terra Aragonum in quodam monte vocato Uruel circa civitatem Jacce: et postea popularunt se in quadam terra ibi propinqua vocata Panon, que hodie est sancti Joannis de Lapenia, et ibi incœperunt construere magna fortalitia castrorum, murorum et vallorum ut se possent defendere ab inimicis christiane fidei: sed antequam perfecissent ista fortellitia venit ad aures del* almazor *de Corduba vocati Abdaramen Aben Moncavia quod christiani muniebant se magnis fortellitiis et defensionibus in dicto loco vocato Panon, sicque nisi resisteretur eisdem posset magnum dampnum sequi sarracenis; et confestim cum dictus Almazor de Corduba hoc scivit, motus ira misit pro quodam duce subdito suo vocato Addamelic Aben Catan, cui jussit ut mox se conferret cum magna comitiva equitum et peditum versus partes Aragonie, currendo cremando et igni supponendo omnia loca, fortitudines diruendo et christianos occidendo et captivando absque misericordia aliqua. Qui si quidem dux Abdamelic, exequendo mandatum dicti regis, cum comitiva equitum et peditum venit celeriter ad dictam fortitudinem, vocatam Panon; et fixis ibi tentoriis á parte de Bozarove expugnavit fortiter dictam fortitudinem, et demum ipsam cœpit vi armorum, et nullus christianus inde evasit quin esset mortuus aut captivus, et diruit funditus dictam fortitudinem sicut potest hodie apparere.*»

alguno, con más probabilidad acaso, la refiere á época intermedia, durante el gobierno del amir Abderramán-ben-Abdala, que antes de lanzarse sobre la Francia, donde sucumbió ante las armas victoriosas de Carlos Martel, taló en 732 las comarcas del Pirineo, pudiendo ser su lugarteniente el que fué más tarde su sucesor, Abdelmelic-ben-Cotan. De todas maneras estas tentativas de fortalecerse contra el enemigo, y aun de recobrar la perdida patria, ensayadas por los cristianos en medio de las primeras impresiones del espanto, son brillantemente confirmadas por las crónicas árabes (1).

Por aquellos tiempos, no se sabe si años antes ó después de la toma de Pano, de cuyas cenizas renació como fénix la nación, un ilustre mancebo mozárabe de Zaragoza, llamado Voto ú Otón, llegó cazando á la cima de aquel monte; y atraído por un ciervo al borde de la peña colosal que hoy sirve de bóveda al monasterio viejo, sólo pudo invocar al Bautista, cuando una fuerza sobrenatural detuvo al caballo suspendido sobre el abismo, dejando sus huellas marcadas en la piedra. Al espanto sucedió la curiosidad, y deslizándose por las rocas y abriéndose paso con la espada por medio de la maleza, quiso el joven reconocer la sima de que se había salvado. Halló en su fondo una cristalina fuente, una profunda gruta, y dentro de ésta una pequeña iglesia dedicada al santo que acababa de protegerle, y en el suelo de la

(1) Por no acudir á los textos apócrifos de Faustino de Borbón, bastará recordar del 720 al 740 la expedición del amir Abderramán-ben-Abdala contra los cristianos de Afranc que se habían rebelado por las ventajas de los de Narbona, la rebelión de algunos pueblos en la comarca de Tarazona que fué tomada por Ambisa, el alzamiento general de los judíos de España, así antiguos como recién venidos con los moros, y su emigración á Siria en seguimiento de un mesías, la ida del gobernador Yahya-ben-Zalema á la tierra de Alguf (norte) y á los montes Albaskenses, la pérdida de algunas ciudades por los moros á quienes se hacía de cada vez más difícil la empresa de mantener la conquista de aquella tierra, la impensada y sangrienta derrota sufrida por Abdelmelic-ben-Cotan al regresar de Francia en los pasos y asperezas de los montes de Albortat, de la cual tres años después tomó venganza, deshaciendo las rebeldes partidas, que no tuvieron otro asilo que las guájaras y desfiladeros de sus montañas.—Véase á CONDE, parte I, capítulos 21, 22, 23, 26 y 27.

iglesia tendido un cadáver, cuya venerable ancianidad y celestial reposo infundían consuelo en vez de horror, y cuya cabeza descansaba sobre una piedra triangular, donde una inscripción revelaba su nombre de Juan de Atarés y su vida de ermitaño. Reanimaríase aquel yerto semblante al hallar, por fin, quien sepultara el cuerpo, y quien heredara su gruta y su vida; pero Voto no se hundió en aquella soledad sin haber tranquilizado á sus padres, vendido sus bienes y traído consigo á su hermano Félix. Antes de espirar los dos hermanos, transmitieron su gruta y su capilla á dos virtuosos discípulos Benito y Marcelo, que edificaron otras capillas y tuvieron otros discípulos, convirtiéndose en Tebáida aquel hórrido valle, y extendiéndose su fama por los nacientes estados circunvecinos.

En la proximidad y mutua relación de estos dos grandes sucesos discrepan no poco los escritores aragoneses, tejiendo cada cual á su placer los hilos que los enlazan. Ignórase cuánto tiempo permanecieron silenciosas aquellas breñas entre los últimos alaridos de los fieles de Pano y las primeras oraciones de los cenobitas: la *Historia general* fija el establecimiento de éstos en 758, cuando apenas las zarzas habían brotado sobre las ruinas de la malograda fortaleza. La llegada de Juan de Atarés al yermo la creen otros anterior á la caída del imperio godo, y atribuyen á sus sucesores Voto y Félix un papel semejante al de Pedro el ermitaño en las cruzadas, suponiendo que ellos ciñeron la corona á Garci Jiménez en presencia de los nobles de la montaña, y que hasta aconsejaron el nombramiento del Justicia cual recíproca garantía entre los súbditos y el monarca: los dos santos hermanos reasumen la triple misión de sacerdotes, profetas y legisladores de la naciente sociedad, como San Juan de la Peña el triple carácter de yermo, corte y asilo. Acaso esta poética aglomeración resulte de la confusión de su primitivo origen con otra segunda época en que amedrentados los cristianos, según la *Crónica general*, por la derrota que padeció Ordoño rey de Asturias, y según otros por las victorias del aventurero Mu-